

**Centro Teológico Manuel Larraín**  
**Reunión Grupo “Cristianos y Ciudadanos”**  
**Martes 22 de Noviembre, 2011**

---

Asisten: Cristián Larroulet, Juan Ignacio Latorre, Claudio Castro, Francisco Oyarzún, Isabel Donoso, Tomás Pascual, Rodrigo Cortés, Daniel Cano, Mario Inzulza, Javiera Pizarro, Samuel Yáñez y Jorge Costadoat. Se integran Manuel Arís e Ignacia Contrucci.

Luego de presentar a las personas que se integran al grupo y resumir algunos puntos centrales del acta de la reunión pasada, se inició la discusión de los textos leídos para esta sesión<sup>1</sup>. Para comenzar la conversación, Cristián y Tomás presentan los puntos centrales de ambos textos para luego comentarlos entre todos.

### **Comentarios sobre los textos**

Sobre el texto de Estrada se destacan las siguientes ideas: existe una Iglesia desconcertada con la modernidad, donde el problema más profundo es la muerte de Dios (cfr. Nietzsche). Crecientemente, más personas pueden vivir sin Dios; según el autor, esto implicaría una pérdida de la primacía del humanismo frente al utilitarismo práctico. El discurso de la Iglesia reemplaza el discurso sobre Dios, diluyéndose la relación entre la vivencia de Dios y la construcción de un mundo más justo; activismo político y experiencia de Dios no están relacionados. La Iglesia comenzaría a tener una relación funcional en la sociedad, dejando de lado lo que es propiamente religioso. Lo relevante del texto es que retoma la importancia de la trascendencia del ser humano para participar de la esfera pública. En ésta, se ha tenido que silenciar a Dios y esto empobrece el discurso.

Sobre el texto de Berger, el autor refuta la tesis de que la modernidad, que ha ido acompañada de un proceso de secularización, ha llevado al ocaso a las religiones. Según el autor, el proceso ha sido inverso: nuestra sociedad presencia una creciente proliferación de distintas sensibilidades religiosas. Ahora bien: esta ferviente y plural religiosidad ha transformado la religión en un “objeto de consumo”. El laico, enfrentado a este “mercado”, se ve enfrentado a una elección pues el ‘porque sí’ que estructuró a las sociedades pasadas, ya no tiene validez. Sin embargo, frente a una religión que pierde su condición de realidad que antes era homogénea, el hombre debe reflexionar y escoger pero, transformándose en un consumidor de espiritualidad. Su abre la importancia del rol de la duda; la fe ya no implica certezas.

Luego de estas presentaciones, las intervenciones y las discusiones giraron en torno a la siguiente pregunta: **¿En nuestra sociedad, Dios y lo religioso ha desaparecido o aparecen con más fuerza?**

### **El creyente en el espacio público**

Al parecer, ambas cosas pasan de manera simultánea. De hecho, se ha instalado lo que se podría llamar una moral laica, donde la institucionalidad de la Iglesia pierde legitimidad, pero Cristo no. En este punto, la discusión giró en torno a la siguiente afirmación: comunicar

---

<sup>1</sup> Berger, Peter. “Pluralismo global y religión”, Estudios Públicos, 98, otoño 2005 y Estrada, Juan Antonio. “Dios como problema en la sociedad contemporánea”.

experiencias privadas –en donde entra también la fe-, no tiene sentido socialmente. Así, la experiencia cristiana no debería salir al espacio público, ya que el desafío está en reconocer al Cristo concreto. Pero, si en el ámbito de lo social “Dios ha muerto”, ¿el ámbito secular puede sacar de sí mismo el impulso para sostener y ampliar, por ejemplo, una democracia? La respuesta apunta a que no. La esfera pública no debiera ser sólo guiada por la razón. Los resortes para sostener la justicia, ¿pueden ser sólo seculares? No, la experiencia de Dios es ineludible para la instauración de la democracia.

Sin embargo, y cuando se habla de una falta de la experiencia de Dios, ¿de qué Dios se habla? Los cristianos estamos llamados a hablar del Dios de Jesucristo, fundamento de cualquier tipo de compromiso político y social que quiera hacerse. En este punto, la conversación parecía volver a la antigua tensión de las primeras comunidades cristianas: por un lado, la necesaria institucionalización y carácter público de la fe; por otro, el carisma y la dimensión apostólica.

Respecto al creyente como consumidor de religiosidad, la reflexión apuntó a lo siguiente: “consumir” religión no implica una pregunta reflexiva. De ahí el peligro que la Iglesia se transforme en una institución que provee de bienes y servicios a gusto del consumidor (bautizos, primera comunión, etc.). Respecto de esto, las opiniones tomaron dos posiciones: para unos, la explicitación de la experiencia de Dios en la esfera pública está deslegitimada, pues se confunde la experiencia de Dios con una hiper-institucionalización en la Iglesia Católica; para otros, lo propiamente cristiano es reconocer a Cristo en la sociedad y darlo a conocer en medio de ella. Frente a esto se matiza que, más que irrelevante, la explicitación de la fe es causa de “corto circuito”; porque el discurso religioso se ha utilizado como argumento de autoridad y para justificar posiciones absolutas, hablar de la experiencia de fe resulta ‘un acto violento’ para quienes no tienen fe.

### **El problema de la institucionalidad**

Pareciera que, en nuestros días, existe más interés por la religión que por una auténtica experiencia de Dios. Pero, ¿cómo acompañar a otros a hacer esta experiencia? Sea cual sea la respuesta, la transmisión de esta experiencia debería pasar por la acción. No es lo mismo hablar de Dios que actuar como lo hacía Jesús. Para algunos del grupo, ahí se encuentra el gran problema de la Iglesia de hoy. Hay algunos que hablan mucho de Dios, pero en su actuar no representan al Dios de Jesucristo. Sabiendo que en el inconsciente colectivo está instalada la idea de los católicos farisaicos –que dicen pero no hacen, que juzgan, etc....-, los católicos no se pueden restar de lo público; hay que dar vuelta el mensaje católico que prima en la actualidad y no temerle al debate público. El problema hoy es que la pretensión de absolutez del cristianismo en el foro público causa conflicto, pensar que el ser creyente exime de la argumentación causa problema. Aquí se pueden reconocer pretensiones evangelizadoras que no reconocen a Cristo. Aquí podría enmarcarse un rol misionero del creyente en el terreno público: mostrar que la experiencia creyente implica el esfuerzo argumentativo.

Ahora bien, esta postura entra en conflicto con la institucionalidad actual de la Iglesia católica. Fue así como volvimos a la discusión sobre la ciudadanía eclesial, si la Iglesia es democrática como institución o no, cómo se puede esperar que los creyentes actúen en democracia, etc.

En síntesis, durante esta discusión, las propuestas que surgieron para el debate grupal se pueden resumir en dos temas:

- **El rol del creyente en el espacio público:** ¿cómo creyentes, debemos transmitir nuestra experiencia de Dios en el espacio público? ¿cómo conciliamos en el espacio público el discurso cristiano con otros discursos? ¿cómo se reconoce al cristiano en el espacio público, que lo hace o debiera hacer distinto de otros actores?
- **El problema de la institucionalidad:** frente al diagnóstico de una híper institucionalización de la Iglesia, ¿cómo transmitir un discurso cristiano en una Iglesia que no sólo es poco democrática, sino que pareciera no saber cómo transmitir la experiencia de Dios?